

Al llegar á la vista del castillo se apeó y dió un latigazo al caballo para que continuara su camino.

La presencia del caballo en el parque, fué el primer anuncio que tuvo la marquesa de que á su hija la había sucedido una desgracia.

Ibo había sido prevenido por Jacobo de lo que ocurría.

Recibió aquél último golpe sin palidecer.

Cuando Catalina le dijo que la casa estaba rodeada de gendarmes, exclamó:

—¡Antes la muertel

Santa se negó á abandonar á Penhoet.

—No quiero sobrevivir á los míos, dijo con entereza.

María Ana dormía tranquilamente en su lecho.

Cláudio acababa de partir para Elven después de haberla dado un calmante.

José, el mozo de cuadra, había oído voces confusas, pero no sabía de lo que se trataba.

Jacobo, sereno como un soldado la víspera de la batalla, preparaba las escopetas y las municiones para sostener un sitio en regla.

Dos horas después llegó Coirentin.

Ya era de noche.

XX.

En fragante delito

Juan cumplió su palabra.

Al penetrar en el parque exclamó:

—La señorita ha muerto.

La marquesa estaba asomada á la ventana de sus habitaciones.

Por primera vez latió su corazón bajo la influencia de un sentimiento humano.

La madre venció á la mujer mística.

Lanzó un grito y se desmayó.

El general parecía víctima de la mayor desesperación.

Binic lloraba como un niño.

Sólo Roger estaba tranquilo.

La muerte de la señorita de Fonterose le evitaba la vergüenza del rompimiento de su proyectado enlace.

El orgullo humano tiene crueldades terribles.

Cuando recibió la carta de Nicolasa por conducto de la marquesa, comprendió que todo había acabado.

La generosidad de su prometida fué una nueva humillación para él.

Entonces se acordó de Juana Trelan.

—¡Vétel le había dicho.

La conocía demasiado para tener la evidencia de que su separación era irrevocable.

Estaba perdido.

Por otra parte, entre Juana y él estaba Cláudio.

Pero Cláudio pertenecía á una familia de bandidos y Juana acabaría por rechazarle.

Las circunstancias podrían cambiar.

¡Quién sabía! Tal vez reconquistase el corazón de Juana.

El general y Roger fueron los únicos hombres que se quedaron en el Castillo.

Todos los demás partieron con dirección á la Piedra de las Hadas.

En el camino encontraron al señor de Buxieres con sus auxiliares y su escolta de gendarmes.

Brevemente le enteraron del nuevo crimen cometido.

El respetable señor Auvertin estuvo á punto de caer desvanecido en los brazos de su colega Aristides.

Tan grande fué la impresión que le causó la noticia de la muerte de la señorita de Fonterose.

Michaud, Greluche y Pecherolles, recibieron orden de acompañar á Binic hasta el lugar de la catástrofe.

Allí les esperaba una nueva sorpresa.

El cadáver de Nicolasa no estaba en la Piedra de las Hadas.

Sólo vieron un surco de sangre en el sitio en que había caído herida de muerte la desventurada joven.

Los gendarmes y Binic se preguntaron qué debían hacer.

Todos habían desaparecido: los asesinos y la víctima.

A treinta pasos del sitio en que se veían las manchas de sangre, estaba la silla del caballo.

Evidentemente los Kerandal se habían llevado su presa.

Pero, ¿adónde?

Cuando los magistrados y los huéspedes del castillo se reunieron con los tres gendarmes y con Binic, se preguntaron unos á otros: ¿dónde habrán ocultado los asesinos á su víctima? Pero su contestación no fué más explícita que la de Binic y los tres gendarmes.

La tarde empezaba á declinar.

Los magistrados dieron orden de prender á los tres hermanos Kerandal, Ibo, Jacobo y Corentin.

—¿No son más? preguntó el procurador.

Juan, el guarda, nombró á Cláudio, pero garantizó su inocencia.

Efectivamente, Cláudio ignoraba hasta el proyecto de aquel execrable atentado.

Estaba en Elven á la cabecera del lecho de su prima Juana Trelan, á quien se creía agonizando.

Pero el señor Auvertin mandó prender á Cláudio y á todas las personas que se hallasen en la posada de *El Condestable*.

Era tarde, y los magistrados resolvieron retirarse

dejando el cuidado de cumplimentar sus órdenes á la brigada de Michaud.

Greluche y Pecherolles, en cumplimiento de su deber, se dirigieron á Penhoet á casa de los Kerandal.

Llamaron.

Ibo se dirigió con paso tranquilo hácia la puerta con un farol en la mano.

La puerta estaba cerrada y sólidamente atrancada. Por el ojo de la cerradura vió á los gendarmes.

Eran cinco.

—¿Qué quereis? preguntó.

—Abrid.

—Es muy tarde.

—Venimos en nombre del señor procurador á prenderos, le contestó Greluche.

—¡A prendernos!

—Primeramente á Ibo Kerandal.

—Ibo Kerandal soy yo.

—Es un hombre honrado y se entregará sin resistencia, pensó Greluche.

Pero Ibo no tardó en desengañarle.

—Yo sólo abrí la puerta de mi casa á quien quiero, dijo Ibo. Yo no he faltado á la ley, y nadie puede echarme en cara la menor falta.

—Eso ya se lo direis al señor procurador, le contestó Pecherolles.

—No sufriré la afrenta de que me lleven á la carcel como si fuera un criminal.

—¿Os negais á obedecer?

—Pienso conservar mi libertad. Si los magistrados necesitan interrogarme, que vengan á mi casa. Aquí les contestaré.

Pecherolles fué á consultar á Michaud.

Michaud, por mucho trabajo que le costase, tenía que cumplimentar las órdenes del señor procurador, y mandó á Pecherolles que á toda costa se apoderara de los Kerandal.

Pecherolles volvió á su puesto.

—¿Abrís ó no? preguntó á Ibo.

—No, le contestó Ibo.

—¿Os revelais contra las órdenes de la justicia?

—No, hago un acto de justicia oponiéndome á un atropello que se quiere cometer en nombre de la ley.

—¿Y vuestros hermanos, Jacobo y Corentin?

—Piensan como yo, y harán lo que yo.

—Han asesinado á la señorita de Fonterose.

—No sé lo que han hecho.

—¿Dónde están?

—No tengo obligación de saberlo.

Greluche empezaba á montar en cólera. Pero antes de tomar una resolución enérgica, volvió á pedir Consejo y auxilio á su superior.

Siete gendarmes no bastaban para prender á un Kerandal.

Michaud creyó que había llegado el momento de tomar parte activa en aquel asunto.

—Ibo, dijo avanzando hacía la puerta, vuestra resistencia es insensata, porque supongo que no tendreis la pretensión de hacer frente á todas las fuerzas del departamento. Tengo orden de prenderos, así como á vuestros hermanos, y es preciso cumplirla.

—Yo no obedeceré una orden injusta. A nadie he hecho el menor mal en toda mi vida.

—Se os devolverá la libertad.

—No pasaré el dintel de la cárcel.

Michaud se enjugó la frente con el pañuelo.

Aunque hacía frio, estaba sudando.

—Vamos á echar abajo la puerta, dijo.

—Intentadlo si os atreveis.

—¿No abres?

—No.

—Terco eres.

—Soy breton.

La ventana que había sobre la puerta se abrió en aquel momento.

Jacobo y Corentin sacaron por ella al mismo tiempo la cabeza y la boca de sus escopetas.

—Largaos de aquí, dijo Corentin á los gendarmes.

Michaud reunió sus hombres.

—Nos vamos, dijo, pero volveremos.

—¡Michaud!

—¿Qué quieres?

—Voy á darte un consejo de amigo, le dijo Jacobo. No te pongas al alcance de mi escopeta. Esta tarde te

he perdonado la vida, pero no volveré á hacerlo. Te lo prevengo. Si vuelves, te diré una palabra al oido.

—Bien.

—¿Me entiendes? Buenas noches.

—Y lo hará como lo dice, pensó Greluche.

Cahusac, que había oido este dialogo, se acercó á Michaud.

—Vé lo que haces, Michaud, porque un Kerandal no falta nunca á su palabra.

—Esperemos á que amanezca, dijo Michaud.

Y volviéndose hácia sus compañeros, les dió la orden de retirarse.

Los planes de Lesguidou habian tenido el éxito que se proponía; pero, ¡á cuánta costa!

La resolución tomada por los tres hermanos de hacerse fuertes en su casa, no podía tener más que un objeto: morir.

Michaud estaba pesaroso de no haber prevenido á sus antiguos amigos de lo que se tramaba contra ellos.

Pero el mal estaba hecho.

Ahora su deber le obligaba á dar cuenta al señor procurador de lo que ocurría.

Después de dejar acuartelados á sus subalternos, tomó el camino de la ciudad, seguido de su fiel Greluche.

—Señor Michaud, dijo Greluche á su jefe despues de un largo momento de silencio, seguramente no esperábais que las cosas fuesen tan lejos.

—No.

—Yo sí, dicho sea con el debido respeto. Yo nunca creí que los Kerandal se dejaran poner la mano encima por un gendarme. Los Kerandal no tienen miedo á la justicia ni á los hombres. Y si tratan de hacerse fuertes en Penhoet, va á costar mucha sangre hacerles entrar en razón.

—Es posible.

—Puede que lo consulten con la almohada y cambien de parecer.

Michaud de pronto exclamó:

—Sólo me extraña una cosa.

—¿Cuál, señor Michaud?

—La actitud de Ibo.

—A mí, no. Los hermanos Kerandal están tan unidos como los dedos de la mano. Lo que haga uno, lo harán los demás.

A las ocho y media llegaron á Elven Michaud y Greluche.

La posada de *El Condestable* estaba llena de bebedores.

El objeto de todas las conversaciones era la muerte de la señorita de Fonterose.

Hacia muchos años que no se había cometido en todo el país un crimen de aquella naturaleza.

La señora Jacut no sabía cómo defender á sus amigos.

—Las dos familias se detestaban hacia mas de un siglo, decía uno.

—El marqués despreciaba á los Kerandal altamente, replicaba otro.

—¿Y qué me dices de la marquesa? Tenía á menos reconocerlos por parientes.

—Y sin embargo, lo son.

—Lo mismo que Noel, que tuvo que emigrar para no morir de hambre.

—Buena fortuna hay vacante

—¿A quién irá á parar el castillo de Santa Gilda?

—El castillo de Santa Gilda y la mitad del país que pertenecía á la señorita de Fonterose.

—Si existiera algun Trelan, heredaría parte de esos bienes.

La señora Jacut prestó atención.

Su huésped era Trelan, y por consiguiente tendría su parte de herencia.

Cláudio, que estaba á su lado, no sabía nada de lo que pasaba.

La señora Jacut temía que Cláudio perdiera la cabeza al conocer el nuevo crimen de su hermanos.

El ruido de las conversaciones cesó como por encanto al saber que llegaban los gendarmes.

Se hubiera podido oír volar una mosca.

—Cerveza, dijo Michaud sentándose en una mesa.

—¿Venis solo?

—No.

—¿Dónde vais?

—A Vannes.

La señora Jacut, si la hubiera sido posible, habría confundido con una mirada á Michaud.

—¿Es verdad lo que se cuenta, señor Michaud? le preguntó.

—Es verdad.

—La señorita de Fonterese...

—Ha muerto.

—¡Ah!

—Ha sido asesinada. ¡Pobre joven!

—¿Por quién?

—¿Por quién ha de ser? Por los demonios de Penhoet. Por Jacobo ó por Corentin.

—¿O por los dos?

—Lo mismo dá Yo no estaba allí. Quien lo ha visto todo ha sido Juan.

—¡Juan!

—Sí.

—¿Y los ha denunciado él?

—Sí por cierto.

—¿Y después?

—Después... después ha desaparecido el cadáver.

—¿Dónde pueden haberle escondido..?

—Si yo lo supiera, no necesitaría preguntarlo. Probablemente le habrán llevado á Penhoet.

—¿Para qué?

—Ellos lo sabrán. Yo no soy brujo para adivinar las cosas.

—Trás ese crimen, señor Michaud, debe haber

una historia de amor. No hay quien me lo quite de la cabeza.

—Buen amor el amor que asesina.

—Los celos son malos consejeros. Es cosa sabida.

¿Y qué harán con Jacobo y Corentin?

—Primeramente, enjaularlos.

—¿Cuándo?

—De eso venimos.

—¿Dónde están?

—¿Dónde? dijo Greluche tomando parte en la conversación. En su casa, con la mayor tranquilidad.

—¡En su casa! exclamó uno de los circunstantes.

¿Y la vindicta pública? ¿Y la fuerza armada?

—¡Buen caso hacen ellos de la fuerza pública! añadió Greluche. Todos vosotros no conseguiríais prenderlos.

—¡Si yo fuese militar! dijo un campesino.

—Cuando les intimamos la órden de seguirnos, nos dieron con la puerta en las narices.

—¡La echaríais abajo!

—No hicimos tal cosa. No éramos mas que siete. Penhoet es una verdadera fortaleza, y Corentin y Jacobo valen por un ejército.

Michaud no prestaba atención á lo que se decía á su alrededor.

La imágen de Santa estaba siempre delante de él.

—¿Y qué pensais hacer ahora, señor Michaud? le preguntó la señora Jacut.

—Voy á dar parte al señor procurador de lo que pasa.

Se levantó, y Greluche, le imitó bien á pesar suyo.

En cuanto salieron Michaud y Greluche, los parroquianos de la señora Jacut empezaron á desfilár.

La señora Jacut subió al cuarto de la enferma.

—¿Cómo sigue? preguntó la buena mujer á Cláudio.

—Mejor, la constestó Cláudio.

—¿Duèrme?

—Sí. Creo que está fuera de peligro.

—Y tú, ¿no piensas recogerte, Cláudio?

—Estoy rendido; pero tengo que ir á Penhoet á ver á mi madre.

—Segun las noticias que tengo de Penhoet, tus cuidados serán inútiles. No te reconocerá.

—¡Ah!

—Voy á hacer que te preparen una cama en la habitación inmediata. Es preciso que termines tu obra. Eres mi prisionero.

—¿Qué han venido á hacer los gendarmes á la posada?

—Van de pasc para Vannes.

Cláudio, después de pulsar á Juana, siguió á la señora Jacut.

Cláudio pasó toda la noche en un sueño.

XXI.

Velar las armas

En cuanto salieron los gendarmes, se restableció la calma en Penohet.

La luna bañaba las altas murallas de la mansión señorial de los Kerandal.

Pero en cambio, en el interior todo era tristeza y oscuridad.

Jacobo y Corentin hicieron toda clase de esfuerzos para que Ibo se pusiera en salvo.

El no podía ser responsable de los crímenes de los demás.

Corentin le expuso con una elocuencia conmovedora su invariable resolución de morir.

—Pero tú, ¿por qué has de morir? Tienes la conciencia limpia de toda mancha. Defiéndete. Ningún juez puede condenarte.

Y para animarle á vivir, le hizo á grandes rasgos el cuadro de la ventura que le esperaba con la herencia de la fortuna de los Fonterose.

Catalina unió sus súplicas á las de Corentin.

Todo fué inútil.

La resolución de Ibo era irrevocable.

La fortuna, adquirida á precio de tanta sangre, le espantaba.